El feminismo en 100 preguntas

Pilar Pardo Rubio

nowtilus

Colección: 100 preguntas esenciales
www.100Preguntas.com
www.nowtilus.com

Título: *El feminismo en 100 preguntas*
Autor: © Pilar Pardo Rubio
Director de la colección: Luis E. Íñigo Fernández

Copyright de la presente edición: © 2017 Ediciones Nowtilus, S.L.
Doña Juana I de Castilla 44, 3º C, 28027 Madrid
www.nowtilus.com

Elaboración de textos: Santos Rodríguez

Diseño de cubierta: eXpresio estudio creativo
Imagen de portada: *The Women's March against Nixon*, Washington DC, 1972. Fuente: Wikimedia

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

ISBN Papel: 978-84-9967-826-9
ISBN Impresión bajo demanda: 978-84-9967-827-6
ISBN Digital: 978-84-9967-828-3
Fecha de publicación: noviembre 2017

Impreso en España
Imprime: Podiprint
Depósito legal: M-27960-2017

Índice

Prólogo

I. Querer saber de feminismo

1. ¿Por qué el feminismo nunca ha estado de moda? 17
2. ¿No desapareció el feminismo una vez logrado el derecho al voto? 20
3. ¿No es mejor declararse persona en lugar de feminista? 24
4. ¿Ser feminista no es lo mismo que ser machista pero al revés? 26
5. ¿Existen hombres feministas y mujeres machistas? 29
6. ¿Quiere el feminismo acabar con las diferencias entre hombres y mujeres? 32
7. ¿Por qué las feministas quieren ser como los hombres? 33
8. ¿Pero con tanto feminismo no acaban los hombres discriminados? 36
9. ¿El feminismo supone declarar la guerra a los hombres? 38

II. Secretos y mentiras de la igualdad

10. ¿Por qué las mujeres rechazan el poder? 39
11. ¿Los derechos humanos son feministas? 42
12. ¿Que sentido tiene ser feminista en países como España con leyes de igualdad y donde las mujeres pueden hacer lo mismo que los hombres? 44
13. ¿La desigualdad no quedará eliminada cuando pase una generación? 45
14. ¿Se hallan deformados los espejos en los que vemos reflejada nuestra igualdad? 48
15. ¿Por qué no aprendemos feminismo en la escuela si es tan importante? 51
16. ¿Enseñar feminismo no es enseñar ideología? 53
17. ¿Es peligroso ser feminista en algunas zonas del planeta? 55
18. ¿Todas las feministas son iguales? 58

III. Conceptos clave para entender el feminismo

19. ¿Los hombres tienen género o solo las mujeres? 61
20. ¿Por qué nos complicamos añadiendo al sexo el conepto de género? 64
21. ¿La igualdad de género es el nuevo nombre del feminismo? 66
22. ¿Cómo aprendemos a ser hombres y mujeres? 68
23. ¿En qué consiste la violencia simbólica? 71
24. ¿Es posible despojarse de los mandatos del género? ... 73
25. ¿Que tiene que ver el género con la discriminación? 75
26. ¿La discriminación positiva para las mujeres no es una discriminación negativa para los hombres? 79
27. ¿Cómo se estrecha el paso a la cima para las mujeres? 82
28. ¿Cómo se cominican la identidad y la estructura social desde el género? 85

29. ¿Qué son las gafas violetas? 88
30. ¿La perspectiva de género no supone una imposición del punto de vista de las mujeres? 91
31. ¿Por qué no hay hombres de profesión padre y sus labores? 93
32. ¿Pretende el feminismo acabar con las diferencias biológicas? 96
33. ¿De verdad no puedo entender un mapa porque soy mujer? 97
34. ¿Que es la transversalidad de género? 101
35. ¿Es lo mismo transversalidad de género que prespectiva de género? 103
36. ¿La perspectiva de género puede cambiarnos y cambiar nuestra forma de vida? 106

IV. Ingratitud histórica y nacimiento del feminismo

37. ¿Por qué nos gusta tanto compararnos con los animales? 109
38. ¿Eran las comunidades prehistóricas más igualitarias? 112
39. ¿Cuándo se empiezan a establecer en la historia relaciones de dominación entre los sexos? 115
40. ¿Qué mano meció la cuna en el nacimiento de la civilización occidental? 118
41. ¿Fue la Edad Media más oscura para las mujeres que no fueron damas, reinas o santas? 122
42. ¿Fueron las místicas, beguinas o brujas las primeras feministas? 128

V. El feminismo de la ciudadanía: la lucha por el sufragio

43. ¿Participaron las mujeres en la Revolución francesa y exigieron ser ciudadanas? 135
44. ¿Que eran los cuadernos de quejas? 141
45. ¿Por qué Rousseau negó la razón a las mujeres? 147

46. ¿Las estadounidenses fueron más libres tras la Declaración de Independencia de 1776? 152
47. ¿Qué manifiesto revolucionario se aprobó en 1848 que cambiaría la vida de millones de personas? 155
48. ¿Por qué votaron antes en Estados Unidos los esclavos negros liberados que las mujeres de cualquier raza o condición? 160
49. ¿Fué el derecho al voto la única revindicación del feminismo ilustrado? 165
50. ¿Por qué las mujeres nunca han querido ir a la guerra? 168
51. ¿Utilizaron las mujeres la violencia para lograr el voto? 173

VI. Revolución y feminismo, encuentros y desencuentros

52. ¿Cómo justifica el liberalismo ansioso de acabar con los privilegios de sangre la perpetuación de los privilegios de sexo? 177
53. ¿Por qué el *Homo economicus* necesita estar casado? 182
54. ¿Cuándo empieza el feminismo a romper las fronteras de su patria: mujeres occidentales, blancas y de clase acomodada? 185
55. ¿Se puede hablar de movimiento sufragista en América Latina? 190
56. ¿Qué tienen en común la discriminación por motivos de sexo y la discriminación racial? 194
57. ¿Por qué el feminismo fue siempre excluido de las conquistas en cuyas batallas militó? 198
58. ¿Por qué las mujeres siempre han estado tan cerca de Dios y Dios tan lejos de las mujeres? 202
59. ¿Eran creyentes las primeras feministas? 206
60. ¿Cómo consiguió el patriarcado aliarse tanto a la razón de la fe como a la fe de la razón? 210

61. ¿Fueron feministas las hijas de Marx? 212
62. ¿Dónde volaron los «ángeles del hogar» en la Revoluvión Industrial? 215
63. ¿Por qué el anarquismo no supo amar la libertad de las mujeres? 218
64. ¿Por qué las anarquistas no quisieron llamarse feministas? 221
65. ¿Cómo soñó el fascismo a sus mujeres? 223
66. ¿Lucharon las mujeres contra el fascismo? 226
67. ¿El feminismo sigue siendo una revolución? 229
68. ¿Qué es la MMM? 232

VII. El feminismo después del voto y la libertad sospechosa

69. ¿Qué son las olas del feminismo? 235
70. ¿Vivimos en la cuarta ola del feminismo? 240
71. ¿Por qué los hombres son el primer sexo? 243
72. ¿A qué se le llamó «el mal que no tiene nombre»? 247
73. ¿Qué es la NOW? 250
74. ¿Cómo lo personal se convierte en político? 252
75. ¿Qué son los grupos de autoconciencia? 256
76. El contrato sexual, ¿tiene letra pequeña? 259
77. ¿Qué es el *Manifiesto de las 343 Salopes*? 262
78. ¿En qué consiste el feminismo de la diferencia? 266
79. ¿Son compatibles el humanismo y el feminismo de la diferencia? 268
80. ¿Cuándo nacen las políticas de igualdad? 271

VIII. Feminismo en tiempos urgentes: la importancia de la igualdad

81. ¿Tienen derechos las mujeres o solo creen tenerlos? 275
82. ¿Por qué no se ponen de acuerdo las mujeres en su lucha por la libertad? 278

83. ¿Existen todavía los harenes? 281
84. ¿Existe un velo sobre el velo islámico? 285
85. ¿En qué año se celebró por primera vez el Día de la Mujer? 290
86. ¿Tiene sexo el libre mercado? 292
87. ¿Qué tiene que ver el feminismo con el cambio climático? 296
88. ¿Qué es la teoría *queer*? 300
89. ¿Serán machistas los robots? 303
90. ¿Por qué hay hombres que matan a las mujeres que dicen que aman? 305
91. ¿Por qué el feminismo nunca duerme? 307

IX. Los nombres olvidados del feminismo. Homenaje

92. ¿Qué veneciana en el siglo XIV imaginó una ciudad de mujeres, sin guerras ni violencia? 311
93. ¿Quién defendió antes de la Revolución Ilustrada que la mente no tenía sexo? 314
94. ¿Qué revolucionaria francesa subió al cadalso por no bajarse de la tribuna de la igualdad? 318
95. ¿Fue feminista la abuela de Frankenstein? 322
96. ¿Acaso no soy una mujer? 327
97. ¿Qué no nos han contado nunca del pensador liberal John Stuart Mill? 330
98. ¿Qué feminista unió a la causa de la emancipación de las mujeres la revolución y liberación de la clase obrera? 334
99. ¿Qué feminista española del siglo XIX tuvo que vestirse de hombre para acudir a la universidad? 338
100. ¿Qué país fue el único en el que una sola mujer ganó la batalla del sufragio universal? 342

Bibliografía recomendada 347

Prólogo

¿Cómo me hice feminista? (O a modo de afirmación inicial)

> Puede que las mujeres sean el único grupo que se hace más radical con la edad.
>
> Gloria Steinem

Empezar con una pregunta personal en un libro sobre feminismo no es casualidad; la experiencia personal es absolutamente relevante en el nacimiento, desarrollo y lucha colectiva de este movimiento, tanto en la teoría como en la práctica. Una de mis maestras, Fátima Arranz Lozano, a la que tanto debo, me dijo que llegar a ser feminista muchas veces era cuestión de edad, porque el sistema en el que vivimos tiene una gran habilidad para desplazar el conflicto social y sus causas a circunstancias individuales, que siempre podríamos haber cambiado si nos hubiésemos esforzado más. Recuerdo bien el sentimiento firme de mi adolescencia: «a mí no me va a pasar, llegaré donde me proponga, mi capacidad estará por encima de mis circunstancias: mujer, hermana mayor de cuatro hermanos, con padres sin estudios y en el estrecho horizonte de un barrio a las afueras de las afueras». Creo que solo me atreví a llamarme feminista el día que entendí que nada de lo que vivía y sentía en mi insignificante día a día era una cuestión personal, se trataba de un asunto de alta política: transformar el mundo en un lugar sin privilegios por razón de sexo, sin destinos cromosómicos, habitado por individuos diferentes y solo idénticos a sí mismos y, por ello, con la capacidad moral de desear la igualdad como bien común y como base para alcanzar su autorrealización personal, que ahora sé que consiste en tener

la oportunidad de caminar hacia lo que cada persona ha soñado para sí y quiere dejar como legado, responsable y comunitario, a las generaciones que le sucederán.

Hija en la España de la transición, he sido hija del *todavía*. Todavía, en los bloques de pisos sin calefacción y con calles sin asfaltar en los que yo crecí, las mujeres a las que miraba desde mis ojos infantiles recibían una indemnización o dote por dejar sus trabajos y acogerse a la extravagante, pero legal, «excedencia por matrimonio»; todavía dejaban los estudios o el empleo en el momento que llegaban los hijos; todavía se celebraba el hijo varón; todavía los chicos hacían la mili y con ella se hacían hombres; todavía las niñas ayudaban con la casa para ir aprendiendo; todavía el padre era la autoridad y en su presencia se anteponía su bienestar al del resto de la familia; todavía se morían las plantas si las tocabas cuando tenías la regla; todavía se temía la desgracia de que tu hija se quedase embarazada y fuese eso que llamaban «madre soltera» (como si las chicas fuesen preñadas espontáneamente y por cada una no hubiese también un padre soltero); todavía en el apartado de profesión las mujeres ponían SS. LL. (sus labores), como si todas tuviesen las mismas, las que les son propias por su sexo. Recuerdo haber verbalizado: «mi madre no trabaja». Y si trabajaba limpiando o cocinando en otras casas, no era un trabajo, si acaso una «ayuda», porque los que trabajaban eran los padres y su profesión los definía, por eso también recuerdo decir: «mi padre es camionero». Nunca caí en la cuenta de que para los varones trabajar en algo era ser alguien, la actividad remunerada determinaba su ser en el mundo, su identidad, y por ello no era una opción. Era un mandato. Los hombres podían estar desempleados, las mujeres simplemente no trabajaban.

Hoy, al recordar este universo, el único existente para mí durante muchos años, a mis cuarenta años y tras todo el esfuerzo de crítica y autocrítica que supone empezar a seguir la brújula del feminismo, pienso que quizá nadie trabajó tanto como las mujeres bisagra entre las hijas de la transición y las abuelas del franquismo. Trabajaron y trabajan para sus padres hasta el matrimonio, y para su marido y sus hijos después de este. Su historia, sin duda, merecería otro libro, que en la segunda década del siglo xxi hablaría de un ejército de mujeres trabajando gratuita e invisiblemente, cuidando a sus madres y padres ancianos, a sus nietos y nietas, acogiendo de nuevo a sus hijas e hijos en el doloroso exilio de la minoría de edad al que en los últimos años han condenado



Uno de los consejos de la *Guía de la Buena Esposa*, escrita en 1953 por Pilar Primo de Rivera con el fin de educar a las mujeres españolas en los roles y actitudes que esperaba de ellas la dictadura franquista. De forma elocuente, uno de los consejos de la guía decía: «Déjalo hablar antes; recuerda que sus temas son más importantes que los tuyos».

las crisis conyugales y las burbujas inmobiliarias pinchadas, en las que la madre sigue siendo la *seguridad* de la Seguridad Social. Esa mano invisible, tomando prestado el símil de Cristina Carrasco, que da de comer, llena neveras, deja impoluta la ropa en los armarios y hace trampa a los euros de la pensión.

No obstante, no todo eran *todavías* en mi infancia; también crecí con el empuje urgente y poderoso del *ya*. Ya las mujeres habían criado a los hijos y querían y necesitaban estudiar o trabajar; ya no tenías que ir a misa; ya te podías divorciar; ya podías conducir y comprarte un coche; ya podías no casarte y usar anticonceptivos; ya podías ser ambiciosa en los estudios, en el deporte, en el trabajo; ya podías ser… como los hombres. ¿Era eso el feminismo?

Con veinte años no lo tenía muy claro, solo sabía que me gustaban más los *ya* que los *todavía*, que la idea de no poder tener las mismas opciones de realización vital que mis compañeros varones me encendía, despertaba en mí el enfado profundo de una injusticia para la que toda réplica se convertía en ataque personal. Empecé a ladrar a la realidad, pero no sabía por dónde empezar a morder. Menos mal que encontré el feminismo que con lo único que ha mordido es con los dientes de la razón, la palabra irreverente y la insurrección de pensamiento y obra.

Ahora supongo que sin ningún conocimiento teórico y sin contacto con ninguna acción feminista colectiva, todos los juicios de valor sobre lo apropiado o no de mi sentir y actuar por pertenecer a un sexo u otro, todos los deberes y derechos distintos, toda esa bruma que todavía no identificaba con una atmósfera saturada de preponderancia y prestigio de valores asociados a la masculinidad, los sentía en el estómago como afrentas personales, como ofensas a mi capacidad, a mi inteligencia, a mi libertad. Y, paradójicamente, no las identificaba como una vulneración de ese principio, que descubrí causa, y que poco a poco se convirtió en el cristal a través del cuál mirar cuando empecé la ardua tarea de ser feminista: La igualdad como derecho, como valor, como principio de la dignidad, la igualdad como llave que abriera los cerrojos mentales que marcaban las condiciones de vida de los seres humanos divididos en dos hemisferios, la feminidad y la masculinidad.

Así es como llegué al cuestionamiento sistemático de las fronteras que te limitan, de los privilegios y la inequidad; y nunca he podido escapar de esta duda metódica que puso en marcha un mecanismo de rebeldía personal, que más tarde, con el estudio y la colaboración de las personas que habían vivido el mismo proceso, me convirtieron para siempre en extranjera en cualquier tierra conforme con que hombres y mujeres siguieran teniendo distintos pasaportes para la libertad.

Dura pero ya ineludible, tarea la de tirar de los hilos de la desigualdad, desmadejar privilegios, interrogar al poder, buscar la sombra de los mandatos tácitos y expresos para que siga perpetuándose un mundo en el que la libertad cada vez me parecía más un reto cotidiano que una herencia de siglos de pensamiento ilustrado. No, ya no había vuelta atrás, me habían hecho mujer y yo me había defendido convirtiéndome al feminismo.

I

QUERER SABER DE FEMINISMO

1

¿POR QUÉ EL FEMINISMO NUNCA HA ESTADO DE MODA?

> Yo nunca he sido capaz de averiguar exactamente qué es el feminismo: solo sé que la gente me llama feminista siempre que expreso sentimientos que me diferencian de un felpudo.
>
> Rebecca West

El feminismo es un movimiento filosófico y político que, en sus tres siglos de historia, con la maleta del humanismo ilustrado siempre a cuestas, ha ido recibiendo pegatinas identificativas más o menos interesadas, aduana tras aduana, de todos los movimientos políticos y revoluciones de nuestra era. Estas etiquetas han acordonado el orgullo y la extensión de la causa de la igualdad, sustituyéndolos por la difusa emoción de tratarse de una lucha por el poder entre los sexos en la que lo mejor es no tomar partido. Pero la neutralidad frente a determinados valores significa el permiso moral para la ley del más fuerte, el refugio cobarde de los privilegios vigentes. No tomar partido por la igualdad,



Emily Pankhurst (1858-1828). Infatigable defensora de los derechos de las mujeres, como infatigable fue su persecución. Lideró el movimiento sufragista en Gran Bretaña y fue encarcelada en numerosas ocasiones junto a las miles de mujeres que antepusieron la libertad de sus congéneres a la comodidad de su estatus vicario. Decía: «Queremos liberar a la mitad de la raza humana, las mujeres, para que ayuden a liberarse a la otra mitad».

o negarnos la conciencia del esfuerzo y sacrificio, pasado y presente, para su avance, convierte en ilegítima la herencia democrática que el feminismo y su militancia nos han entregado. Nada ha sido gratuito en el avance moral de la sociedad, si vivimos nuestra libertad sin perspectiva histórica y nos mantenemos ignorantes a su raíz, ingratos con sus aliados pasados y presentes, habrán ganado la principal batalla sus enemigos: lograr indiferencia, desconocimiento, pereza e incluso rechazo, perdiendo la capacidad de percibir la diferencia entre la caridad y la justicia, entre los derechos y las concesiones.

El feminismo no se ha armado nunca más que de razones y, sin embargo, todo nos hace pensar que se sintió peligroso desde su despertar. Sin duda, algún miedo infundía en el poder la vindicación de que la mitad de la raza humana, en expresión de Emily Pankhurst, accediera a él y hablase con voz propia. Y el miedo, cuando es miedo a los ideales del diferente, del otro, o se tiene el valor de vencerlo mediante la apuesta emocional y ética de la comprensión, la honestidad y la bondad, o acaba transformándose en ataque preventivo de los timoratos conservadores que atacarán lo que no se han atrevido a escuchar, a conocer y criticarán desde sus mismos presupuestos conceptuales.

Solo este miedo —manifestado en la negación expresa o tácita de la capacidad física e intelectual de las mujeres— a que el orden del mundo cambie y los hombres pierdan el monopolio de la

dominación más arraigada de todas, la ejercida por la razón de su sexo, explica que durante décadas el bagaje argumentativo y la acción política y social del feminismo fuesen confiscados y tergiversados en cada una de las posibilidades históricas de adquirir salvoconductos de expansión de la libertad de las mujeres.

De este modo, ni el idioma bien aprendido de la nueva patria de la modernidad, la patria del sujeto individual y autónomo del pensamiento ilustrado, ni sus cartas de recomendación por hombres inteligentes y sin miedo (François Poulain de la Barre, Nicolas Condorcet, Benito Jerónimo Feijoo, John Stuart Mill) evitaron que en cada transformación que acometían las revoluciones de los dos últimos siglos, el feminismo fuese marcado con la etiqueta más conveniente, la de desaparecido, fantasma sin cuerpo propio porque se negó su nacimiento y descendencia.

Otra actitud simultánea al destierro existencial ha sido la condescendencia cuando no quedaba más remedio que explicar su exclusión de la primera línea de objetivos para cambiar el sistema imperante por otro más justo; entonces el movimiento feminista se convertía en no-prioritario, en minoritario e innecesario. El socorrido argumento consistiría en que tras las revoluciones socialistas, anarquistas, comunistas y el nuevo orden mundial, tras el horror de los fascismos, el feminismo sería atendido por los sistemas democráticos y conseguiría, por la lógica de la justicia social y el respeto a los derechos humanos, sus propósitos. Por tanto, no era necesario ser feminista; bastaba con ser demócrata.

Pero el feminismo nunca fue un fantasma, por mucho que la historia política y filosófica negaran su nacimiento. Tampoco lo es ahora porque nunca murió. Sigue muy vivo, tiene mucho trabajo, bastantes mujeres y algunos hombres que han recogido su herencia con el firme empeño de no dejarlo morir, de que siga siendo la causa de un mundo mejor por ser más justo.

No, el feminismo nunca estuvo de moda, pero no ha dejado de prestar abrigo tanto a sus fieles como a sus combatientes, entre los que siempre se encuentran indiferentes o neutrales. Quizá no puede estar de moda lo que debe permanecer alerta en la conciencia individual y el quehacer colectivo, como el pacifismo, la sostenibilidad ambiental, la erradicación del hambre, el analfabetismo o la pobreza. Pero todas estas causas planetarias parecen luchas viejas e interminables, sin la recompensa inmediata para la habitual tendencia del ser humano a la conquista

con nombre propio y la depredación por mantener la jerarquía. El feminismo puede que nunca estuviese de moda, pero fueron muchas almas las que se entregaron a su credo y por las que hoy muchas mujeres, no todas, gozan de cielos insospechados como la educación, el voto, el gobierno de sus vidas y hasta de sus cuerpos. El feminismo, con permiso o sin él, prendió fuego propio sin un solo disparo en cada uno de los duros inviernos que hubo de atravesar nuestra era para que el término persona significase ser humano. Así lo aclara el artículo 1.2 de la Declaración Americana de Derechos Humanos, y si lo aclara es porque, entonces como hoy, millones de seres humanos no son considerados personas y, de ellos, las mujeres en menor medida que ninguno. De moda o no, el feminismo nunca abandonó la historia de la conquista de la libertad verdaderamente universal, aunque parezca existir un sentimiento de orfandad cuando de sus pasos hablamos, o peor, una seguridad en los títulos de propiedad de sus logros, olvidando que todo derecho ganado pasa a convertirse en reto permanente, pues supone la posibilidad de cambiar el futuro, de lo único que somos dueños y dueñas, estrategia humanista que el feminismo no ha permitido nunca que olvidemos. Gracias.

2

¿No desapareció el feminismo una vez logrado el derecho al voto?

> Aunque la movilización a favor del voto, es decir, el sufragismo, haya sido uno de sus ejes más importantes, no pueden equipararse sufragismo y feminismo.
>
> Mary Nash

El feminismo nunca desapareció, al contrario, se movió rápidamente, removió y transformó el mundo y con él a todos y a todas sus habitantes, feministas o no. Ha viajado sin papeles, sin pasaporte, huido a campos de refugiados, ha sido ridiculizado, detenido, encarcelado y sobre todo enmudecido. Ahora que abrimos esa maleta, no es extraña la afirmación popular entre

personas de ambos sexos, muchas de ellas profundamente cultivadas en otras disciplinas, aclarando, casi con las manos en alto para demostrar que no van armados: «yo no soy ni feminista ni machista».

Bajen las manos, no los van a registrar; el feminismo nunca disparó un solo tiro, aunque sigue recibiendo la pólvora de la ignorancia, tan efectiva para excluir del debate político realidades objetivas como que en la España del siglo xxi, solo en la última década han muerto más de setecientas mujeres a manos de los varones que decían, y ellas creían, que las amaban.

Déjenme abrir la maleta, no tengan miedo a su contenido, hay heroínas que no conocen, historia que se les ha negado, reflexiones que no han leído, urgencias que no han sido, ni son, atendidas e importancias que continúan ignoradas. Atrévanse a escuchar lo que las feministas han dicho y han hecho lo que están diciendo y haciendo hoy. Aquí y ahora lo pueden hacer a plena luz. Hace apenas unas décadas y en la actualidad en gran parte del mundo, la maleta del peligroso feminismo sigue clandestina intentando, no sin riesgos y sufrimiento, convertir a las mujeres en personas y en otras personas a aquellos hombres que se niegan a reconocerlas como tales.

Las feministas han logrado que las mujeres puedan educarse, acudir a urnas y tribunales, ganar dinero, decidir si quieren traer o no criaturas al mundo y cuándo. Es mucho y no es suficiente. No debe ser suficiente en el momento en que todavía hoy no existe un solo lugar en el mundo en el que una mujer, por ser mujer, no pueda, en estos momentos, estar siendo vendida, esclavizada, violada, golpeada, aislada, silenciada, escondida, privada de derechos…, por muchas declaraciones universales de derechos y leyes de igualdad efectiva a medio creer y a menos desarrollar que hayan sido aprobadas.

La discriminación de las mujeres en sus oportunidades vitales varía de un país a otro, pero es una constante. Del mismo modo que la constante de la construcción de nuestros Estados modernos fue su sistemática exclusión. Logrado el voto a lo largo de todo el siglo xx, y reconocido por nuestros padres internacionales tras la Segunda Guerra Mundial, los derechos de las mujeres comienzan a ponerse boca arriba, y la partida y sus estrategias comienzan su despliegue, el feminismo se transforma así en los feminismos. En efecto, del reconocimiento de los derechos políticos se pasará a reivindicar un 50 % de presencia



Roma, 1923. Huda Saarawi (en el centro), pionera del feminismo árabe, a la salida del Congreso del Sufragio Femenino. Hace casi un siglo esta feminista egipcia, fundadora de la Unión de Mujeres Egipcias, nacida en un harén y casada a los trece años con su primo, asistía a un congreso feminista internacional. Cuentan las crónicas que nunca nos leyeron, que al bajar de la estación miró a la multitud y se quitó el velo. Hubo silencio y, hace casi un siglo, aplausos y reconocimiento.

en las instituciones. De la igualdad en las relaciones familiares y afectivas se desafiará a lograr la garantía de los derechos sexuales como derechos humanos. Del derecho a una igual de educación se exigirá ser educadoras y protagonistas del conocimiento en igualdad. Del derecho a la igualdad en la participación pública se reivindicará su copropiedad por ambos sexos. En definitiva, el feminismo sigue peleando por que el impacto real de las normas redunde en igual medida en la ampliación de derechos y signifique los mismos deberes y costes de oportunidad para ambos sexos. Las mismas leyes bajo los mismos presupuestos de aplicación y, lo que constituye el verdadero reto, que estas recojan por igual los intereses y necesidades de ambos sexos, no solo en el contenido de los derechos subjetivos sino en los principios de organización política que determinan la convivencia en sociedad.

Es el momento de trabajar la igualdad; le quedan muchas y muy importantes misiones al feminismo, que no solo no desapareció tras lograr el derecho al voto, sino que comenzó a estar

presente en las leyes, en las sentencias, en las escuelas y universidades, a través de mujeres que legislaban, decidían y educaban gracias al feminismo que, reconocido o negado, ha permitido su presencia desde mediados del siglo pasado. Después de la concesión del voto, la desigualdad social, el distinto valor de los seres humanos dependiendo de si son hombres o mujeres no desaparece, pero ya es casi imposible no encontrar voces que la denuncien.

A pesar de que al siglo xxi se le haya llamado «el siglo de las mujeres» —del mismo modo que, no sin maldad, en 1933, la prensa española llamó «República de las mujeres» a la Segunda República, después de que una feminista en solitario, Clara Campoamor, ganara en democracia para el régimen de la Constitución de 1931—, nuestra era se encuentra lejos de que el sexo no suponga para las mujeres de todo el mundo una casilla de salida más o menos incierta y, sobre todo, desventajosa respecto a los hombres. En la actualidad, en muchos países todavía no son reconocidos sus derechos humanos básicos; en otros, se reconocen, pero no se garantizan; en otros, la garantía sigue padeciendo fuertes puntos débiles.

El feminismo tiene, no lo duden, mucho que conquistar para la libertad de las mujeres, libertad sin veto, excepción o silencio. Las diferencias entre mujeres y hombres en cuanto a autonomía, bienestar y acceso a los bienes y recursos fundamentales para el desarrollo como personas, siguen mostrándose como un precipicio, más o menos profundo, según el lugar del planeta en el que nos situemos; niñas y mujeres siguen sufriendo más pobreza y durante más tiempo, y se encuentran más amenazadas por la violencia que los hombres. El feminismo, en todas sus formas, debe pensarse hoy como el conjunto de estrategias colectivas, junto con las resistencias individuales, de las mujeres de todo el mundo para no ser arrastradas a ese precipicio de la desigualdad, y encontrar asideros para su desarrollo vital y, con él, formar parte, más allá de las urnas, del progreso.

Solo se puede temer al feminismo desde la ignorancia o la insolidaridad con la que nos aferramos a nuestros privilegios de sangre, cuna, sexo, raza, tradición o ley, resistiéndonos a desprendernos de lo que no es nuestro, sin el valor para ejercer el deber moral de ganarnos nuestro destino.